

LOS POSTMODERNOS

*Disertación de la Dra. María Celestina Donadío Maggi de Gandolfi
en sesión privada del Instituto de Bioética
del 5 de diciembre de 2008*

LOS POSTMODERNOS

Por la Dra. MARÍA CELESTINA DONADÍO MAGGI DE GANDOLFI

Introducción

Cuando a la humanidad ya no le fueron suficientes las respuestas míticas para explicar la realidad toda, comienza la razón a despertar, a ser dueña de sí y de este modo se coloca objetivamente frente al mismo sujeto pensante, al mundo y a Dios. Por ello, la ciencia nace como “saber en tránsito” hacia el ápice de la perfección cognitiva, nace como “filo-sofía”. “Hacer ciencia” es un proceso de *justificación*, de *dar razones*, como recurso explicativo de la *razón* en la función que la define con propiedad. Sólo desde aquí puede elucidarse con asidero cualquier proceso de *transmisión del saber*. Sólo puede *enseñar* el que *da razones* de lo sabido.

Ahora bien, toda ciencia, si es auténtica, busca cristalizarse en una forma de vida, lo que no puede darse sino en vistas de un ideal, *la perfección de la persona humana*. Por esto, la razón filosófica, a lo largo de la historia, se ha visto acuciada por dos preguntas: *¿qué soy?*, *¿qué debo ser?* En verdad, todo pensamiento, toda

idea, se inserta en el gran escenario de la *cultura* y ésta, entendida como *cosmovisión de vida*, es intrínsecamente insoslayable, pues el escepticismo puro no tiene autodefensa. Reparo en la *filosofía post-moderna* respecto de la *contra-cultura* que conlleva y, en consecuencia, de la *des-construcción*, lo cual es una *toma de posición*.

En segundo lugar, lo mismo sucede en el ambiente pedagógico de nuestra época, pues, o bien el filósofo postmoderno posee una conciencia fuertemente escéptica y nihilizante, y sin embargo se encuentra requerido de adaptar, de alguna forma, las nuevas generaciones a su entorno sociocultural; o bien, se revela a la crisis y pretende desplegar una actividad creadora e incluso “reconstructora” de dicho entorno, de algún signo.

La primera reflexión ética. Si bien desde el inicio se instaló la pregunta que ha recorrido toda la historia de la ética, a saber, si la moralidad es un asunto primordialmente de los sentimientos o de la razón, las respuestas más sólidas que arriban al fin de la modernidad se atuvieron al *ideal moral de vivir conforme a la razón* o de la *vida sujeta al examen de la razón*. En el siglo XX, particularmente hacia los cincuenta, comienza a gestarse una actitud fuertemente crítica del lugar y el papel de la razón en la vida de los hombres. Este ataque fue dirigido contra la razón fuera de todo límite, propia de la modernidad, liderado por los filósofos analíticos, herederos de la tradición que se inicia con Hume, quienes dan un giro lingüístico al pensamiento: el propósito de la ética, sería el lenguaje moral en sus usos y aplicaciones, con independencia de los contenidos axiológicos y teleológicos.

La segunda reflexión ética, se refiere a los distintos escenarios que afectó, cultural y metodológicamente, la desvalorización de la razón. Uno de ellos es el modo de proceder en los debates científicos; otro es de la sociedad política, tanto en el orden nacional como internacional; por último, el de la moral situacionista, tanto del orden natural como sobrenatural.

Fácil es advertir la crucial incidencia que tiene tal crisis sobre el lugar y el papel de la razón moral en el concepto de ley moral y, particularmente, de ley natural: porque racionalidad y ley se implican mutuamente.

El propósito del presente trabajo, por la fuerte impronta postmoderna y, a pesar de ella, es *revalorizar la razón moral al consolidar y vigorizar su lugar y función en la Ética y en la vida moral de los hombres, en lo individual y en lo social.*

Filosofía y cultura postmoderna

1. Es postmoderna

La filosofía “imperante” (aludiré a las formas de pensamiento más representativas como son las de Derrida, Foucault, Lyotard, Rorty, Gadamer, Vattimo) es **postmoderna**, como continuidad de la Modernidad y de su razón ilustrada, pero entendida ahora como “razón-anti-héroe”, “razón-anti-modelo”. Sin embargo, se aparta de la Modernidad al comprimir sus horizontes grandilocuentes, pues cuando agudiza la crítica se pierde la esperanza de totalidad, y en lugar de la síntesis aparece el sincretismo de la razón.

Como el nihilismo nietzscheano en el que se inspira, es sin futuro. Embriagado por la “superioridad” humana pretende soñar con una libertad absoluta que, gracias a su poder tecnocrático, dominará su destino, pero un destino vacío de interioridad y espiritualidad.

La propuesta cultural es neutralista y pluralista. Todo es igual, porque todo debe ser igual. La cultura es **neutralista**, pues la destreza principal es la capacitación crítica, con una ponderación ajena a toda determinación de valor por ausencia de todo modelo

en la propuesta. En realidad, la propuesta es un contra modelo. En segundo lugar, por la ausencia de los criterios propios de valor dados por la cultura, la salida es la oferta de una multiplicidad de fines en una sociedad que “debe ser” **pluralista**.

Por lo tanto, la propuesta ético-cultural de esta corriente es francamente **relativista**, vale decir, niega verdad o falsedad a todos los juicios éticos y a las estimaciones de valor o disvalor, de bien o mal. No se acepta *ningún* juicio *ni* estimación de valor absoluto, con sustento objetivo y universal. Empero, en el momento de actuar, incurrirá en incoherencia práctica, porque las convicciones no bastan, sino que se hace insoslayable el decidir por alguna conducta frente a otra.

2. Es antimoderna

En el posmodernismo, esta propuesta cultural *neutralista* y *pluralista* es solidaria de su actitud general del **igualitarismo discursivo**, pues son continuadores de la Filosofía del Análisis, ya que su filosofía es una metodología empíreo-lógica-práctica, cuyo objeto es el análisis del lenguaje científico, para depurarlo de los problemas o consideraciones extra-científicas y así lograr acuerdos en el discurso. De ahí que la verdad y falsedad filosóficas queden fuera de toda especulación o argumento racional, porque los juicios filosóficos *son sin sentido* y resultarán mera expresión de la *corrección o incorrección* que señalen las reglas lógico-semánticas.

La postfilosofía suma a esta orientación lógico-semántica del lenguaje, el desencanto y el descrédito de la razón y de toda posible arrogancia de la misma (nihilismo) pero, como sobreviven resabios del modernismo y del análisis, perdura aquella razón soberbia, aunque ahora hundida en el barro, altanera y, por momentos, con el poder de destrozarse a sí misma. Representantes: Lyotard, Rorty, Gadamer, Foucault, Vattimo, Derrida. Este últi-

mo hace un aporte decisivo a esta corriente con el concepto de *deconstrucción*, donde el discurso deconstructivista (entendido como “destrucción”) sostiene la incapacidad de la filosofía de establecer un piso estable.

En síntesis, el análisis lingüístico postmoderno ya no es el “meta-lenguaje” analítico, pues tendría resabios de la grandiosidad moderna, sino que tiene por base un crudo escepticismo metafísico (nihilismo) y epistemológico (subjetivismo), para lanzar una propuesta aún más radical: la del igualitarismo discursivo. En la postfilosofía “todos los lenguajes coexisten”, lo que exigió un “aplanamiento del discurso”, por lo cual se suprimen las distinciones clásicas y, por lo tanto, las jerarquías del lenguaje y toda posible fundamentación. El igualitarismo discursivo sólo podía ofrecer una propuesta cultural: *neutral, pluralista y, de allí, relativista*.

2.1. La crítica a la Modernidad

La otra cara del posmodernismo es su **antimodernidad filosófica y cultural** por desilusión y desencanto de la misma razón moderna que ha continuado a su manera. A la postre es el descrédito de la *racionalidad de la razón*. Empero, desde el desencanto surge una nueva utopía de la razón, que se levanta desde la experiencia del desánimo y del desinterés. La actitud filosófico-cultural en consecuencia es el *cinismo y la simulación*. Se exagera la pluralidad, la contingencia, lo privado, la ruptura, el instante.

Las consecuencias en el orden moral son lógicas. Lo moral es lo extraordinario frente a lo trivial. La transgresión es valentía y autenticidad ante la experiencia de un mundo duro que no se acepta; no se acepta y no se tiene esperanzas de cambiar. Hay una única salida: *el pensamiento frutivo de la vida* y Dios es el gran ausente. En el orden social el posmodernismo, se acoge a la lógica del sistema tecno-burocrático imperante, cuyos pilares son

la comunicación y la gestión económica. El dominio de la vida política es un escenario simulado; la información se da en exceso, es la *hiper-representación* (lo que no significa que se sepa todo). La seducción gobierna la esfera pública y la opinión pública. Resurge la sofística en la discusión pública, aunque vaciando la argumentación de toda idea, sólo la preocupación por el prestigio de la propia posición.

En toda la vida humana, privada y pública, se ha radicalizado el nihilismo nietzscheano de la muerte cultural y conceptual de Dios, con el consiguiente rechazo máximo de Dios y de lo sagrado. La *desmitificación* originaria abrió paso a la historia, la *desmitificación* postmoderna pretende liquidar la relación hombre-Dios, de forma tal que se liquida toda relación auténtica del hombre con el hombre.

En cuanto al proceso educativo, se registran teorías pedagógicas que puedan compartir el espíritu general de la época, pero argumentan y lo hacen desde perspectivas muy polarizadas entre sí: 1. La teoría *reconstruccionista* de Theodore Brameld. 2. La propuesta *ideológica* de Antonio Gramsci. 3. La *lingüística educativa*. 4. El *conductismo* de Burrhus Frederic Skinner quien, como síntesis de esta corriente, entiende que “educar” sería establecer una conducta que represente en el futuro una ventaja para el sujeto y los demás, disponiendo organizativamente las contingencias del reforzamiento modificador de la conducta.

2.2. *Es solidaria de la crisis socio-cultural contemporánea: cuatro fenómenos.*

El relativismo cultural contemporáneo es producto del fracaso de las ideologías tradicionales y nuevas en dar respuesta al *bienestar liberador del hombre*. La “salida liberadora” es libertad de conciencia como mera espontaneidad vital. Derrida nos habla de la *cultura y la historia* como una red de relaciones intertex-

tuales. Nada de ideas, intenciones o emociones, sino el *holismo pluralista* con el que se interpreta el significado de una palabra. *Deconstruir* no es rechazar, es “contraponer” un discurso a otro por una fuerza no racional para suprimir los fundamentos. A su vez, Foucault, considera que el discurso es la forma de cada uno de ejercer el poder del discurso contra las otras formas de poder, para luchar contra ellas no para juzgarlas, para lograr un espacio de discusiones múltiples no unificables.

Se registra una supervivencia del marxismo como sistema cerrado aunque desprovisto (en general, no siempre) de la proyección a una praxis revolucionaria. En la postmodernidad, sin el elemento clave revolucionario, la propuesta cultural del marxismo sobrevive como tecnócrata, con el propósito de manejar los medios reales de autoconservación. Es decir, el lugar de la revolución lo ha ocupado la técnica transformadora, pero la dictadura del Estado sobrevive usando la fuerza feroz de la mediocridad que todo iguala y nivela.

La homogeneización de los medios de comunicación. La preocupación es evitar cualquier “preocupación” (entiéndase “reflexión racional”) que proceda de sujeto alguno que pueda lanzar algún pensamiento realmente reflexivo, objetivo y totalizante. La prédica de los medios de comunicación es que existe una inexorable dependencia contextual de las formas de pensamiento de cada época, por lo que, a su vez, resultan inconmensurables respecto de otro período y en cada período.

Nueva ideología y nueva utopía. Ahora bien, si entendemos por ideología las tendencias que sobrevaloran la estabilidad, la conservación y el pasado, y por utopía las que sobrevaloran el futuro y los agentes del cambio, el actual panorama socio-cultural nos ofrece sólo una parodia de una u otra. Así resulta una nueva ideología que busca disfrazar la homogeneización del mundo, y una nueva utopía, la esperanza que la homogeneización ceda al pluralismo (el surgimiento de la *New Age*).

El blanco de ataque es la destrucción de la razón

Por lo desarrollado se puede concluir que el *blanco de ataque* del postfilósofo es la destrucción de la razón misma, por los motivos y propósitos declarados. Es la destrucción de la razón en su sentido *pleno* a favor de la *liberación del hombre*. En la filosofía y cultura postmodernas, sobrevive gimiendo como *contra-modelo* y como *anti-modelo*.

Como *contra-modelo*, es el paradigma de razón contemporánea en cuanto la postfilosofía es “postmoderna”. Es el regreso de la Razón Pura como razón instrumental, la razón máquina de permitir efectos deseados, de obtener logros científicos, incluso contra el mismo ser racional. Pensemos en la cuantiosa gama de “manipulaciones”: económica, biogenética, psicosocial, jurídica y, por supuesto, científica, cultural, pedagógica.

Como *anti-modelo*, es el paradigma crítico de la Razón Pura. Se reinstala lo paradójico como instrumento de esa crítica pero según una versión desencantada y mediocre. Esto es, no se busca solucionar lo paradójico, sino provocarlo y mantenerlo como condición actual del filosofar, porque se entiende que éste ha llegado a su fin. La desilusión antes mencionada, ha herido a la Razón Pura en tanto teórica, por corrosión más que negación, y en tanto práctica, por persistir en el infranqueable paso ser-deber ser. La cultura se ha transformado en anti-cultura.

Conforme a esta cosmovisión, la filosofía resulta una **semántica lingüística pragmática**. Es semántica lingüística porque el lenguaje, oral, escrito o visual, es la misma razón, y es pragmática porque el *constructo postmoderno* así lo es, pero no en función –como en el pragmatismo clásico– de la utilidad que surge de la descripción fidedigna de alguna cosa, sino en función de lo que sirve a nuestros propósitos. Sobrevive el hombre que maneja la máquina, pero ya no puede ni le interesa manejarse a sí mismo.

En defensa de la cultura por la defensa de la razón moral

Sin embargo, como no cabe el escepticismo puro nunca puede decirse que todo está perdido y mucho más porque cualquier propuesta filosófica busca llegar a la acción, plasmarse en modos de conducta, en “una forma de vivir”. Ésta es la intención última de todo relativismo, y vale también para la postmodernidad, pero para concretarla hay que esgrimir “razones” del porqué se actúa en uno u otro sentido.

La ética postmoderna se ha dado en llamar “nueva moral”, con planteos diversos pero con el mismo recurso: el uso de una dialéctica crítica de las doctrinas anteriores, incluso de la tomásiana, de las cuales ha sido simultáneamente heredera. Luego, la ética actual no pareciera ser tan “nueva” ni tan “crítica” y su salida no puede ser otra que el “consecuencialismo moral”.

En segundo lugar, todas esas propuestas sobre la negación de las bases racionales de la moral, han negado todo fundamento ontológico y antropológico, que necesariamente hubieron de buscar una solución irracional, destruyendo desde adentro la moral y el saber moral.

La desvirtuación contemporánea de la filosofía como saber, de la cultura y la educación, del orden socio-político y los modelos de razón que le dieron origen, ha incidido, por lógica consecuencia, en la misma esencia de la ley y de la ley natural. Rige el despotismo del positivismo jurídico, pues se impone la autoridad del más fuerte, sin referencia a la dignidad de las personas y sin bien común que legitime el rumbo político.

Sin embargo, como señalara el entonces Cardenal Ratzinger en un diálogo con Habermas (*Los fundamentos morales y prepolíticos del Estado liberal*, Academia Católica de Bayern, 19.01.2004): “es tarea de la política someter el poder al control de la ley a fin de garantizar que se haga un uso razonable de él. No debe imponerse la ley del más fuerte, sino la fuerza de la ley...”

Para concluir, recorro a Tomás de Aquino, quien, destaca *Fides et ratio*, es “modelo del modo correcto de hacer filosofía”, pues no tolera que el Cristianismo se contamine con la filosofía pagana, pero no la rechaza a priori, por lo que se convierte en “el precursor del nuevo rumbo de la filosofía y la cultura (FR, 43)”.